

Tierra y Libertad



Barcelona, 5 de diciembre de 1931

SEMANARIO ANARQUISTA

Año II • Núm. 42 • 15 CÉNTIMOS

El crédito de las ideas anarquistas

No está a merced de nadie el crédito de las ideas anarquistas. No puede hoy mismo ningún presuntuoso, por cargado de títulos y diplomas que esté, hablar de realidades concretas con la competencia y la ciencia de Reclus. ¿Qué sabido, qué técnico, qué hombre de ciencia puede igualarse a Reclus en conocimiento de la tierra y de los hombres? Sus obras son de perenne universalidad como ejemplos de actividad y como emociones afectivas. ¿No habéis vibrado leyendo aquellas encantadoras descripciones del curso de un arroyo convertido por el genio de Reclus en categoría artística?

Las obras de Reclus son, no unos libros, sino una verdadera universidad de la Naturaleza, unos programas gigantescos de trabajo, unos folios abiertos hacia la verdadera eternidad, unas nutridas páginas de esfuerzo puro, de fiel objetividad, de lealtad y de modestia.

Cuando dicen los supuestos renegados que las ideas anarquistas han fracasado, cuando se entonan estrofas funerarias y financieras a lo único vivo, recto, fuerte y noble que hay en el mundo — el ideal anarquista — pienso en Reclus. ¿Qué saben de Reclus, del sabio y bueno Reclus los enterradores del anarquismo? ¿Tendrán la osadía de afirmar que Reclus, el revolucionario auténtico de las jornadas de París, el sabio sencillo se pasó la vida cantando con citara? ¿Serán tan ignorantes como ladinos o más ladinos que ignorantes? Lo cierto es que Reclus es el primer coleccionador y el primer intérprete de hechos, el primer investigador y el primer científico integral, el que hizo suyo aquel principio moral de que la ciencia es cosa de conciencia, el que nos llama siempre desde sus libros para enseñarnos fraternalmente lo que aprendió, lo que intuyó, lo que dedujo, lo que vio con sus ojos.

¡Callad, ignorantes integrales! Estadme como hemos estudiado los discípulos de Reclus. Leeid, comprobad el realismo ideal de aquel hombre tan fuerte, de aquel carácter tan viril, odioso para vosotros porque no creía en categorías de hombres ni en jerarquías, ni en esa neblina que envuelve como un sudario metafísico las concepciones autoritarias, verdaderos cantos de sirenas, verdaderos galimatías que han hundido al mundo en un cráter de autoritarismo, de política, de sequedad dogmática, de fuerza bruta y de irrealismo redentorista. Aprended a leer y no queréis mandar. Kropotkin dejó de ser príncipe para elevarse a hombre y vosotros apetecéis principados sin escudo pero con mando. Bakunin fué el héroe revolucionario incansable, cuya vida no puede conocerse sin respeto y sin entusiasmo. Proudhon, con Bakunin, derrotó la metafísica safranista y oscura de los pretensiosos dogmas que no tenían más motivo que la autoridad. Todos nuestros viejos maestros, todos esos abuelos henchidos de bondad y de comprensión fueron sabios y revolucionarios. Y es grotesco que los que no tienen ni cultura elemental pregonen el enfierro de las ideas anarquistas, asegurando que el anarquismo es una utopía porque ellos navegaron siempre fracasando entre brumas utópicas y cuando quisieron cambiar de ideas se hallaron en el cómicotrance de aquel campesino que trataba de cambiar una onza y no la tenía.

FRANCO ALAIZ

El gran crimen de la guerra

El monstruo de la guerra ha aparecido por Oriente. Su poder devastador está empurpurando de sangre la tierra. La razón de Estado ha elaborado el funesto ultimatum que determina la masacre de dos razas humanas, so pretexto de una hegemonía territorial en el término de la Manchuria.

El proletariado chino-japonés ha sido envuelto por una trama de amor imperialista que le impide a diezmarse bajo el poder exterminador de la metralla y de los escudos de acero. El choque entre estos dos ejércitos sobre el puente Nonni fué el preludio de esta bélica contienda.

¡Artífices de mundos, hijos de la gleba; la ofensiva que hace tiempo se preparaba ha tenido su sangrienta inflexión en Oriente! Ahora se trastrueca vuestro destino. Seréis héroes de la guerra, nueva legión que formará parte de la fúnebre comitiva donde se encuentra el soldado desconocido.

El Consejo de la Sociedad de Naciones no tiene arte ni parte en el litigio entablado entre China y el Japón. Su falso brillo pacifista ha sido empujado entre el esplendoroso destello de la riqueza por la que fué creada. Su exclusiva misión fué apaciguar el espíritu antimilitarista y anarquero que engendró la postguerra. Ya no tiene misión alguna que cumplir y se viene abajo con todo su bagaje de sesiones permanentes y demás cachivaches. La guerra mundial se impone, como resultante del desastroso fracaso del Estado.

En este litigio sangriento está llamado a tomar parte activa el oprímido proletariado ruso; ya que el poder dictatorial de la U. R. S. S. se prepara a cualquier extralimitación que lesionara sus intereses por las inmediaciones de la Manchuria, donde el Japón ha empezado a operar.

Esta probable intervención por parte de Rusia denota evidentemente su ineficacia revolucionaria.

Las tácticas represivas del fascismo europeo no bastan a ahogar en sangre, en su forma periódica, las demandas, cada día mayores, de los hambrientos por el paro forzoso, y se dispone a evitar una inminente acción revolucionaria, anteponiéndose con el recurso de una guerra fratricida que ensombrecerá al mundo.

El estruendo formidable de la artillería, acompañado del incesante disparar de los fusiles y de las ametralladoras será el puoroso certamen que amenizará la horrible matanza. El rodar de tanques blindados, del grueso de artillería que se precipita por las llanuras y declives del terreno en medio de un ruido infernal; el relinchar de caballos heridos que huyen espantados, arrojando la montura que antes ocupaba el desdichado jinete que cayó para no levantarse más; y en medio de este estrépito ensordecedor de tragedia, envuelta entre densas nubes de fuego y humo, la borrosa aparición de un suelo de cadáveres y de seres moribundos, que exhalan el postrer suspiro revoloteando en medio de un mar de sangre.

Este es el panorama que gusta contemplar a los detentadores del poder; el teatro de la guerra, del cual pasan a ser primeros actores las grandes legiones familiares de los hijos de la gleba.

Ante semejante exterminio humano, sobran todas las falsas manifestaciones pacifistas de la Sociedad de Naciones. Sobran todos los anatemas y cuantos en el orden II-

terario se haya dicho. Sólo precisa que el hombre atienda a su instinto de conservación. Nada de literatura hueca y sentimental.

La guerra hay que abolirla derrumbando el Estado. Abolendo de la inteligencia del niño y del espíritu del hombre todo temor y acatamiento al principio de autoridad. Desterrar de la sabiduría del hombre el temor y reconocimiento a Dios y al Estado, a la religión y a la ley; a la patria chica y a la grande; a la autoridad civil y a la autoridad militar. Desmilitarizar la inteligencia y el corazón, y desmilitarizaréis el ejército, que es tanto como vaciar los cuarteles y poner fin a las guerras.

La guerra es la mutilación, la enfermedad y la muerte. La guerra es el Gran Crimen. Alzaos contra ella, en armas contra el que os lo quiera imponer.

¡Oh, cómo transformarse automáticamente el mundo, equiparando el valor intrínseco de la vida de cada uno en esta vida que, en la paz como en la guerra, es la grotesca caricatura de la muerte...!

RICARDO PESA

No hay enmienda posible

Pierden el tiempo lastimosamente los que se entretienen señalando defectos de los gobiernos de los pueblos y dando remedios para su mejoramiento. El Estado ha fracasado de un modo rotundo y estéril. No hay enmienda posible, si no desaparece por completo de la faz de la tierra. Un Estado, sea el más democrático, y valga la frase, es el defensor de la propiedad privada, el amparador de privilegios y el perseguidor sistemático y cruel de los vejigatos que claman inútilmente por el triunfo de sus reivindicaciones.

Gracias a él, el Estado, cuando los obreros sin trabajo piden pan para sus hijos, reciben balas que terminan para siempre con su hambre; gracias a ese Estado sanguinario, los cárceles están llenas hasta la pletora de honrados obreros que quieren para la humanidad un trato más justo y más perfecto; merced al apoyo incondicional que el Estado presta a las castas que se estiman más elevadas y capacitadas para perpetuar la explotación del hombre por el hombre, esas castas pueden continuar ejerciendo su omnívoro poder, prolongadas por los juicios y ametralladoras, y siguen disfrutando de una existencia cómoda y agradable, mientras millones de seres viven una vida llena de horrores.

La existencia de esto que podemos calificar de calamidad pública, o sea, Estado, lleva a los pueblos a cruentas luchas, donde se sacrifican millones de millones de vidas, en beneficio tan sólo de una minoría privilegiada, que es el baldón del linaje humano. No es posible mejorar a la humanidad mientras subsista la organización social que existe. Con la desaparición del Estado, desaparecen, automáticamente, todas las calamidades que sobre nosotros pesan. La autoridad, la propiedad y todas las injusticias que nos asedian, mueren con el Estado, porque forman parte integrante de él.

La enmienda no es, pues, posible. Es necesario su total extinción, y nosotros la proponemos porque deseamos para el hombre una era de verdadera Justicia y de máxima Libertad.

EGO

¿Consejos?

Ha sido dicho: «La única virtud de los consejos es que son inútiles». No voy, pues, amigo, a dar consejos. Pero, como te conozco, como sé lo que hoy en lo más íntimo de ti mismo, quiero, ahora que veo que algunas dudas te conturnan, recordarte palabras tuyas de otro tiempo.

Tú las decías en tono de consejo. No sé si las escuché con igual emoción que tú las decías. Recuerdo, solamente, la encendida fe con que las pronunciabas, de manera persuasiva.

Decías: Aunque haya sido dicho muchas veces y se haya repetido sin tregua ni descanso, conviene siempre decir cuál es el propósito y cuál el objetivo que debe perseguir, incansablemente, el que está apiente de libertad, de libertad plena, omnívota, sin límites, de libertad que podríamos llamar moral.

No está de más nunca, que se hable de ello nuevamente, tanto para despertar la memoria de los olvidados, cuanto para elevar, una vez más, por encima de la pequenez de todo otro propósito que tienda a mermar ese deseo de libertad, la voz apiente de la libertad máxima, voz que siempre será un eco cuya repercusión se apreciará, de modo cabal, en el futuro.

Procura diferenciarte de los demás hombres que sólo apetecían la libertad para sí mismos, olvidando a todos los demás, y trabaja con fervor por la libertad de todos. Y si bien, ahora ya, en cuanto ello es posible, has comenzado a vivir tu sentido libre de la vida, tu concepción de plena libertad moral, no olvides nunca que esto no es suficiente, y esfuerzate, en la medida que te permita tu voluntad, tus conocimientos, tu cultura y tu inteligencia, por extender y expandir en tu contorno la propaganda de esa libertad de que gozas intelectualmente, por difundir en los que te rodean la inquietud que te anima, por llevar, tanto como puedas, al ánimo de otros hombres, el contenido de tu ideal de libertad. Piensa que mientras toda la colectividad no sea libre, sobre merma, evahientemente, tu propia libertad.

Los hombres que trabajan por la libertad sólo para los que son partidarios de la causa que ellos defienden, deben parecerse despreciables. Una sociedad burguesa que niega a los obreros el derecho de proponer las ideas antiburguesas y una sociedad regida por el socialismo que no permitiera que se obrara sino en socialista, son igualmente imperfectas y merecedoras de crítica por el hombre apiente de libertad.

En las sociedades actuales, como en las que estén por venir, preferir, antes que toda otra cosa, la libertad. Hasta la libertad de combatirte a ti mismo, por parte de los demás, si llega a instaurarse una sociedad que mereciera tus preferencias. No há de amarse a los hombres para una causa, negándose el derecho de juzgarla, sino por las bondades que la causa tenga.

Procura siempre librarte de esos horizontes limitados en que se encierra todo partido. Modita en que no es merecedor de simpatía y adhesión solamente por ser proletario; es decir, por ser el que lleva en sí el peso de todas las injusticias. Esto no basta; es mucho, pero no es todo. Es preciso tener un ideal superior, una concepción de la sociedad superior, el ideal, a la forma de la vida, a la convivencia social que sustenten todos los adversarios.

El hombre que no se ha liberado a sí mismo, mal puede hablar de libertad. Procura conocerle. Cuando más atención pongas en esta tarea, más preparado estarás para dirigirte a un hombre que se te acerque pillándole alguna luz para sus diadas.

Así decías. ¿Eran consejos? ¡Reclinos, pues, como consejos.

GARCILAN

A los camaradas

Por la incura y sistemática persecución de que somos objeto, poniéndonos en condiciones de inferioridad con el resto de la Prensa, nos vemos obligados a separar, para publicarlos en mejor ocasión, algunos artículos muy interesantes.

Ténganlo en cuenta nuestros camaradas, y aguarden un poco, en la seguridad de que «Tierra y Libertad» hará siempre honor a su nombre y a su historial revolucionario.

El suceso de la calle Urgel

Un periodista de «La Noche» dedica un laudo necrológico al policía Rubio, que fué uno de los muertos en la batalla de la calle de Urgel. El laudo retumba adulación en todos sus partes. Llamo urbelidad a los puestos, y no declarados hasta ahora, atracadores, y héroes civil, al ya reconocidísimo policía Rubio.

Nos parece excesivamente dilirámico esto de la heroicidad civil. En primer término, rechazamos el culto al héroe, sea quien sea. Y tratándose de un policía que está al servicio del Estado, cumpliendo con un trabajo debidamente recompensado, no le reconocemos tal heroicidad.

En todo caso, Rubio cumplió bien en el trabajo que se le tenía encomendado. Sufrir un accidente del trabajo que le ha costado la vida, y eso es todo.

Para el cronista de «La Noche», no hay otros héroes consagrados que los policías que mueren en el ejercicio de su profesión ni otros defensores de la ciudad que estos mismos policías.

Los obreros, que cada día, con una paciencia sin límites van frenando su labor constructiva, levantando obras de arte y en cuya construcción dejan su salud y la vida misma, no son héroes ni mueren por la ciudad. ¿Verdad, señor cronista de «La Noche»?

Cada día, cada hora cada minuto, hay un accidente mortal del trabajo en nuestra ciudad. Un albañil que fue destruido, un carpintero que pierde un miembro, entre las sierras mecánicas, un metalúrgico que deja irrones de su carne entre los engranajes de la maquinaria. ¿No son también héroes esta gente?

Y no es distinta la heroicidad suya, basada en el trabajo productivo y elevado, de esta otra heroicidad malsana de perseguir a tiro limpio a cualquier hombre, a veces por una simple orden o un imperioso mandato?

Claro que sí. Pero estas cosas no las quieren ver los periodistas que no tienen más culto que el del servilismo. Serviles de alma y de espíritu. Doblemente vendidos al Estado y a la empresa que les paga. Antes se cantaban losas a la policía militar, y también se les llamaba héroes civiles. Ahora, se ensalza a la republicana. Estos clásicos servidores armados del Estado burgués son policías a secas. No tienen ideología determinada. Mañana, si surge la restauración, serán policías monárquicos, y tendrán el mismo valor, la misma organización y la misma perspicacia, y quizá serán alabados por el mismo periodista republicano.

El que esto escribe fué un día detenido

en un café público, y no por atracador, precisamente. Fué detenido por ostentar unas ideas que el Estado monárquico creía perniciosas y que el Estado republicano cree perniciosas también.

Y fué detenido, ¡oh paradoja!, por el mismo señor Rubio, héroe civil de entonces y de hoy.

Los héroes aprisionaron las inuencas de este pobre urbelidad, que no comecía otro delito que el de tomar café, con unos cuantos amigos, en un establecimiento público del Paralelo. Bien sabe el cronista de «La Noche» cómo procedía la policía en defensa de la ciudad; y la guardia civil, y todos los estamentos llamados de orden. Bien sabe el martirologio que han sufrido y sufrirán los que sueñan en transformar el mundo y derrumbar los ídolos y los héroes. Y, a pesar de esto, no hemos sonado en que nuestra pasión y muerte vaya a engrasar la estamperia de Epinal.

Ayer cumplió el policía Rubio con su profesión, deteniendo, pistola en mano, a gente que no eran atracadores; hoy cumplió también con la suya, queriendo apresar a gente que estaban, según las versiones oficiales, tachados de tales.

En el ejercicio de su profesión, en pleno trabajo, ha encontrado la muerte, como la encuentran el albañil, el carpintero y el metalúrgico. Es un episodio de la lucha inextinguible entre los hombres, que nosotros quisiéramos que terminara. Pero ya sabemos que esto no puede terminar, mientras el régimen de explotación y de tiranía subsista, como atributo de dominación. Y el periodista que ahora se curva ante el poder constituido y reclama condecoraciones para los héroes que tan bien sabe fabricar su mente exaltada y partidista, también lo sabe.

El, como nosotros, sintió también la mordedura de la inquietud y se rebeló contra lo malo y lo injusto. Más tarde, creyó que lo malo y lo injusto habrían desatarecido, y acomodándose definitivamente al lado del poder, se ha erigido en mentor y cultor de la fuerza, creyendo que ésta ha de dominar al mundo.

Nosotros seguimos en nuestro puesto, y afortunados a las mismas ideas de antes.

Otro inspector vendrá un día a maniatarnos y llevarnos a la cárcel o al destierro, bajo el signo de la República. No importa. Duremos con esto movido al periodista burgués para tejer una nueva crónica gloriosa de la heroicidad civil de los policías y el exterminio de los urbelidades.

EL COMITÉ REGIONAL DE G. G. A. A.

La revolución en marcha

Cuanto viene sucediendo desde el golpe de Estado dado por Primo de Rivera no es más que una demostración de que la Revolución ha comenzado y nada ni nadie la puede detener. Los hombres de la República, que se pusieron delante para evitarlo, según confesión hecha por ellos más de una vez, desde el primer momento se dieron trazuos, no para evitarlo, como era su deseo, sino para acentuarlo, dándole nuevos motivos de mayor intensidad y de color más vivo, que la está haciendo más cruenta y más dolorosa, por tanto.

Algunos hombres de la República para allanar el camino que imposibilitara la Revolución, se atrajeron a camaradas de solvencia dentro del proletariado militante, con la promesa de que el nuevo régimen les daría toda clase de facilidades para la propaganda de nuestras ideas, las que un día han de triunfar, pero que es necesario, alegaban los políticos, pasar antes por un régimen de libertad que hiciera posible una extensa propaganda de capacitación y de conciencia.

Quiero creer que los camaradas que se rodearon con los políticos, aparte algún ambicioso con alres de modestia, y que, frente a Seguí, cultivó una roja oposición, que nosotros traducimos como envidia a su conocimiento de la mecánica política-social, creyeron de buena fe las proposiciones de los malabaristas de la política, sin comprender, ¡oh, ingenuos!, que aquello era un arquetipo digno de sus progonitores. Y no se diga que es de sabios el hablar a posteriori, por cuanto, quien esto firma, desde *Revolución Blanca*, primero, y, después, desde *El Luchador*, empuñó la pluma, en compañía de sus editores, y, arrojando las iras de una gran mayoría, hicieron reaccionar a los militantes sinceros y a la opinión de los sindicatos, con lo que se logró desbaratar el plan tendente a hacer de nuestra Confederación Nacional del Trabajo una organización reformista, como la Confederación General del Trabajo francés, puesta al servicio de la República.

Como nosotros habíamos previsto, la revolución política española no venía a resolver los problemas urgentes planteados, sino a continuar la historia de la monarquía, porque los hombres que se hablan de encargar de las riendas del poder, todos se habían caracterizado por sus ambiciones, ambiciones que al fueron satisfechas en parte en el régimen de los Borbones, en el republicano serían colmadas.

Los que no tuvimos la debilidad de tan

quiera hablar con los políticos conspiradores, pero que estábamos al tanto de todo y en espera de los acontecimientos para ver de llevar el agua a nuestro molino, no habíamos olvidado lo acaecido a nuestros compañeros en aquellos países que ayudaron a la revolución política y luego fueron burlados, perseguidos, encarcelados y asesinados. Dándonos cuenta, además, de que la cuestión que se debate no es una cuestión de régimen, sino de sistema, y que su alcance es mundial, aconsejábamos, desde las publicaciones señaladas, que el sistema capitalista había muerto, y que de lo que se trataba era de enterrarlo. Que su cadáver estaba representado en el hundimiento de las finanzas, que la guerra de 1914-18 había ocasionado con los enormes gastos, que llegaron a hipotecar la vida de

(Continúa en la 3.ª página)

Cazorla, feudo del socialismo

Lo que pasa en Cazorla es inexplicable. La constante actividad de nuestros camaradas ha conseguido arrebatar más de la mitad de afiliados a la U. G. T., y ahora, los socialistas, miserablemente confundidos con la burguesía, han lanzado a los trabajadores de la U. N. T. al pacto del hambre.

Según una carta que obra en nuestro poder, los compañeros son despedidos de las obras del Ayuntamiento y amenazados de no trabajar nunca si no ingresan de nuevo en la U. G. T. Nos piden que comunicáremos al Comité Nacional su difícil situación, pues, antes que moriremos de hambre, están dispuestos a jugarse la última carta con los socialtraidores.

El hambre es mala consejera, y si los socialistas no depuran su actitud humana, los trabajadores de Cazorla sabrán darles su merecido y hacer la vida imposible a políticos, burgueses y socialistas.

Aclaración necesaria

La Redacción de TIERRA Y LIBERTAD se cree obligada a advertir a sus camaradas que nada tiene que ver en absoluto con la revista «Cazorla», cuyo anuncio apareció en nuestro número anterior.

La inserción del mentado anuncio fué debida a un error del compañero cajista que, sin mala fe, desde luego, le cayó en un hueco de nuestro periódico al hacer la compaginación. Creemos necesaria esta aclaración para que la verdad quede en su lugar.